

Cuestión de rumbo. Una nueva etapa del PSOE



En los albores de la Transición Democrática, no faltaban los que pretendían que el PSOE siguiera un rumbo político copiado miméticamente de las estrategias que habían predominado en aquellos países europeos en los que los partidos socialistas dependían de las políticas diseñadas por otras fuerzas importantes, bien fueran de carácter centrista o demócrata-cristiano, o bien comunista.

Tales cuestiones ocuparon bastante tiempo en los círculos internos del PSOE, bajo el aliento y el eco mediático que se prestaba a dichos debates en determinados sectores socio-económicos y en influyentes medios de comunicación social. Con lo cual, las presiones llegaron a ser considerables. Algo que, lamentablemente, continúa sucediendo en nuestros días, debido a la circunstancia de que en España no existen grandes medios de comunicación social situados en los mismos espacios políticos del PSOE, capaces de sintonizar con las necesidades objetivas del socialismo, y a través de los cuales se puedan reflejar más verídicamente las sensibilidades y los debates reales que tienen lugar en las filas del socialismo. De ahí que la influencia generalmente se ejerza solo de fuera hacia dentro y no de dentro hacia fuera, haciendo de los ejercicios de presión una pieza muy apetitosa para todos aquellos poderes que quieren "salvar" al PSOE, o llevarlo a los terrenos y posiciones más beneficiosas y útiles para sus intereses. Aunque esto sea a costa de causar graves perjuicios al partido socialista, a la sociedad española como tal y a su sistema de correcta representación.

La autonomía del proyecto socialista

En su día, el debate inducido desde fuera en torno a si el PSOE debía buscar una alianza con los demócrata-cristianos (modelo italiano), o con los

comunistas y otras fuerzas de izquierda (modelo francés), se sustanció con una opción neta a favor de la autonomía del proyecto socialista. Es decir, en las filas del PSOE se impuso el criterio de que el socialismo español tenía que ofrecer una opción propia y autónoma, más atenta a las necesidades específicas de la sociedad española, que a unos mimetismos simplificados y mal entendidos.

Una vez fijado un rumbo claro, el PSOE tuvo que vencer importantes resistencias de determinados sectores de la sociedad española y demostrar que era un partido serio, cohesionado y con un líder y unos equipos capaces de asumir el gobierno de España. El éxito de dicha política evidencia que en su día se supo tomar el rumbo adecuado.

Actualmente, las dudas internas, las presiones externas (tan interesadas como en el pasado) y los debates recurrentes sobre los liderazgos, han llevado al socialismo español a una encrucijada similar a la que se dio en los primeros años de la Transición. Pero, ahora, lógicamente, bajo circunstancias diferentes que obligarán a la nueva dirección socialista a calibrar muy bien cuáles son los objetivos políticos concretos que sus votantes potenciales esperan que sean atendidos de manera prioritaria. Es decir, lo que ahora se pide al PSOE es que fije de manera clara su meta, su misión, y cómo va a alcanzar los objetivos políticos, económicos y sociales que se propone.

Liderazgo y proyecto

La mayoría de los votantes potenciales del PSOE y de los sectores progresistas de la sociedad española piensan que en los últimos años en el PSOE se ha prestado demasiada atención a sus asuntos internos (liderazgo, organización, etc.), mientras

que los asuntos de los ciudadanos (paro, precarización, desigualdades, crisis económica, exclusión de los jóvenes, desvertebración nacional, etc.) han quedado relegados a un segundo plano. E incluso han intentado ser invisibilizados (interesadamente) por determinados medios de comunicación social.

Lo importante es que el PSOE fije autónomamente un rumbo político claro con el que pueda coincidir una mayoría sociológica, generando credibilidad en unos equipos bien preparados y capaces de trabajar al servicio de las cuestiones importantes para los ciudadanos.

Aunque los temas internos en un partido como el PSOE no son cuestión baladí, lo cierto es que si cualquiera pusiera en los dos platillos de una balanza ambos conjuntos de problemas, el resultado es un peso abrumadoramente mayor para los problemas de España. Por lo tanto, hay que ser conscientes de que mientras desde las filas socialistas no se emitan señales inequívocas de que en el interior del PSOE lo más importante y prioritario son los mismos asuntos que para la mayoría de los españoles, no se lograrán superar las brechas distanciadoras que se abrieron en el pasado.

El hecho de que algunos debates sobre liderazgos no hayan llegado a gran parte de la población como debates de fondo sobre proyectos y alternativas sustantivas para el futuro, constituye una desventaja de partida que contribuye a alimentar un cierto cansancio ciudadano sobre los debates internos. Debates a los que es preciso poner fin de una manera efectiva, intentando pasar página sobre los bailes de nombres.

Ahora, una vez elegido un nuevo líder y una nueva Comisión Ejecutiva, en un proceso democrático que ha sido positivamente valorado, lo importante para el PSOE es fijar un rumbo político claro, con el que pueda coincidir una mayoría sociológica, generando credibilidad en unos equipos bien preparados y capaces de trabajar en común al servicio de

las cuestiones que son verdaderamente importantes para los ciudadanos.

Un liderazgo del siglo XXI

Después de los procesos congresuales y precongresuales, una de las tareas prioritarias es lograr que los liderazgos internos se consoliden como liderazgos efectivos para un conjunto amplio de la sociedad. Y eso implica no solo cuestiones de proyecto, rumbo y de credibilidad personal y colectiva, sino también de funcionamiento práctico.

Es decir, en sociedades que han llegado a estar tan descreídas y distanciadas de la política como la España actual, para generar confianza y recuperar el terreno perdido hay que ser capaces de hilar muy fino en el ejercicio cotidiano de los liderazgos, entendiendo que determinados modelos hiper-personalistas y simplificados están periclitados; o tienen un recorrido muy corto en el actual mundo de "usar y tirar".

Los liderazgos del siglo XXI tienen que ser concordantes con los enfoques y requisitos funcionales de la sociología de las organizaciones de nuestro tiempo y con las nuevas demandas de mayor calidad democrática.

Por ello, partidos como el PSOE tienen que ser capaces de explorar un nuevo tipo de liderazgo para las sociedades del siglo XXI. Un liderazgo que tiene que suscitar confianza y seguridad en base a razones de fondo y no mediante el simple recurso a las "fotos de ocasión", las "ocurrencias" y las "frases oportunas e ingeniosas". Quizás en otros momentos, en otros países y en otras circunstancias tales recursos daban algunos frutos, más o menos ocasionales o duraderos, pero en los momentos actuales, y ante los problemas a los que los partidos socialistas tienen que enfrentarse y ofrecer alternativas, tales reacciones ya no son ni suficientes ni eficaces.

Una parte importante de las exigencias que plantea la nueva "ciudadanía activa" que está surgiendo en nuestras sociedades, en un contexto de crisis política y de acentuación de las demandas de mayor

calidad democrática, concierne a la manera de ejercer el liderazgo. Para muchos ciudadanos, el hecho de que se vote o no se vote para elegir a los líderes cada cierto tiempo no es suficiente. Los ciudadanos ya no están dispuestos a dar cheques en blanco y quieren que el liderazgo se gane también día a día. ¿Cómo? Básicamente en virtud de dos criterios: en primer lugar, mediante la capacidad de mantener la sintonía con las necesidades y demandas de los votantes potenciales de cada partido. Lo cual exige voluntad para seguir el rumbo y capacidad para abrir cauces de consulta y participación que no se limiten a períodos ocasionales cada tres o cuatro años.

dad para superar la brecha existente entre ese "ellos y nosotros" que se ha establecido en el mundo de la política. Y, para lograr superar dicha brecha, quizás lo primero sea el lenguaje, empezando por apearse del uso abusivo de la primera persona del singular ("yo quiero", "yo prometo", "yo pienso"), enfocando la comunicación en términos de un "nosotros", más propio de partidos socialistas y de proyectos que, por su propia naturaleza, son comunes y de grupo. Lo cual también implica dejar de referirse a los ciudadanos (cada vez más activos) como la "gente", como si fueran un conjunto amorfo e indiferenciado de sujetos pasivos.



Proyectos comunes

En segundo lugar, los liderazgos del siglo XXI tienen que ser concordantes con los enfoques y requisitos funcionales de la sociología de las organizaciones de nuestro tiempo y con las nuevas culturas democráticas emergentes. Lo cual implica operar en términos de "nosotros" –y no de un "yo" neo-cesarista–, con capacidad para trabajar en equipo, con un compromiso serio de organización, programación por objetivos, optimización de los recursos, evaluación de resultados, rigor analítico y de actuación, etc. En definitiva, lo que se requiere –y se demanda– en las sociedades actuales es rigor, eficacia y capaci-

Y, desde luego, un liderazgo del siglo XXI debe dejar muy claro desde el primer momento que no va a imponer unidireccionalmente su criterio personal sobre el de la organización. En el caso del PSOE, las inclinaciones neocesaristas del último Felipe González y el último José Luis Rodríguez Zapatero ya pusieron suficientemente de relieve el carácter erosivo de dichas prácticas –hacia dentro y hacia fuera– como para que el PSOE quedara suficientemente escaldado. Por razones de principios, y por evidentes motivos prácticos. Por lo tanto, ahora lo importante es dejar claro que empieza una nueva etapa en el fondo, y en las formas. **TEMAS**